

MEDITACIÓN 16
PARA PREPARAR EL CORAZÓN PARA LA SEMANA SANTA

EL SALMO MISERERE:
UN CAMINO DE
CONVERSION



P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.



Misericordia, Dios mío,
por tu bondad, por tu inmensa compasión
borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pecqué,
cometí la maldad que aborreces.
En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.
Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rociame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.
Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;

no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.
Librame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.
Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.
Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales, ofrendas y
holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos».

(Salmo 51 —50— Versión de la Liturgia de las Horas)

E

l Salmo 50 (51), llamado comúnmente el Salmo "Miserere" (Misericordia) no es un salmo para leer ni solo para proclamar, sino para vivir. Es ante todo un itinerario de conversión. Orar con el Salmo Miserere es orar para buscar una explicación a la realidad del Pecado, orar para hacer frente al problema más serio y más dramático de la humanidad: el misterio de la iniquidad. Se trata también de orar para festejar la misericordia entrañable de Dios, la cual es la única salida y la única auténtica respuesta a la problemática. El Salmo fue escrito para darle voz a la experiencia penitencial. San Agustín escribió sus "Confesiones" a partir del Salmo Miserere, dándole, a partir de ahí, una lectura completa a su vida desde su pecado y desde la misericordia de Dios.

Detrás del Salmo hay dos realidades históricas que aluden al drama del pecado. Por un lado, una adición tardía señala que el salmo pretende expresar los sentimientos del rey David cuando reconoce adolorido su gran pecado ante el profeta Natán ("Del maestro del coro. Salmo de David, cuando el profeta Natán se llega a él, después de éste haber estado con Betsabé" Salmo 51 (50), 1). El pecado de David, el cual comienza con el adulterio con Betsabé y culmina en el asesinato del inocente Urías, está narrado en el Capítulo 11 del libro Segundo de Samuel. De otra parte, el Salmo hace referencia al trasfondo histórico de la época en la que se redacta: Israel ha perdido la tierra, la independencia política, la monarquía; guarda el recuerdo de un doloroso y humillante exilio y ha pasado de dominador a dominador (Asiria, Babilonia, Persia, Grecia...) sin volver a hallarse como pueblo realmente libre. La explicación es simple, pero trágica: Israel se ha perdido como pueblo debido a su pecado, pues al ser infiel a la Alianza, Dios ha permitido su desgracia. El sufrimiento del pueblo es causado por el pecado. Lo ha perdido todo y ya ni siquiera tiene una ofrenda para presentar a Dios. De hecho, el Salmo hace referencia al momento en que Jerusalén y el templo están destruidos.

Estas dos realidades están siempre presentes. El Salmo Miserere nos hace entrar en contacto con nuestro pecado personal, con el drama de ser, como David, personas según el corazón de Dios, pero, al mismo tiempo, estar azotados y agitados por nuestras pasiones. Y, aún más, el Salmo Miserere nos permite reconocer que nuestro propio momento histórico lleno de injusticia, inequidad, violencia, criminalidad y horror, está causado también por el pecado, por el rompimiento de la alianza con Dios, por la determinación de la humanidad de no comportarse según la voluntad divina. Nuestra Jerusalén también está en pedazos, con sus murallas derruidas y

nos encontramos sin nada entre nuestras manos para presentarle a Dios, salvo nuestro corazón contrito y nuestra propia humillación.

El Salmo está construido a partir de imperativos que son gritos del corazón. Vale la pena advertir que la oración penitencial es a gritos, como los gritos del ciego del camino que alza la voz suplicando misericordia: “borra, lávame, límpiame, purifícame...” Todo desemboca en el último imperativo: “reconstruye”, esto es, vuelve a crear, vuélvanos a hacer. Así, toda la agitación interna del Salmo desemboca en la paz, en la certeza de que el amor de Dios rehace lo destrozado y en la convicción, desde la fe neotestamentaria, de que en Jesucristo se hacen nuevas todas las cosas, incluso nuestro pobre corazón y nuestro afligido mundo roto.

El Salmo Miserere corresponde a una escala, a un camino, a un proceso de conversión, a una liturgia penitencial en varios momentos. Esto no supone sin embargo la celebración de un rito, sino que implica una experiencia vivencial y litúrgica del corazón.

PRIMER MOMENTO:

EL ENCUENTRO

CARA A CARA

(Versículos 2-4)

Narra el libro del Éxodo que Moisés entraba a la Tienda del Encuentro y que allí hablaba con Dios “cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Éxodo 33, 11). La oración es un diálogo de amistad, al decir de Santa Teresa, y es, por ende, el encuentro entre un Yo y un Tú. Por eso, toda oración comienza con una primera toma de conciencia: la de quién soy Yo, el que ora, y quién es Aquél, el hermoso Tú, que escucha mi suplica y que atiende mi plegaria.

En el Salmo Miserere el orante empieza expresando quién es él y quién es el Señor. Toda oración y especialmente toda celebración penitencial debe comenzar con una conciencia del Yo y el Tú. Para el Tú que es Dios aparecen tres características:

- **Piedad (Hännèni):** es la actitud de un Dios capaz de doblegarse, de mostrar que yo le importo y que, por ende, ama inclinándose para levantar a quien está postrado.
- **Amor (Rajamín):** Es la Misericordia Divina, un amor con útero, amor maternal que supone la relación más profunda que puede existir con otra persona (darle la vida, llevarla dentro de sí). La madre vive siempre embarazada de su hijo, siempre lo lleva dentro. La Misericordia es llevar al otro dentro, es la conciencia de que Dios jamás nos saca de su corazón, así nosotros sí lo saquemos del nuestro. “¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de amar al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo jamás me olvidaré de ti” (Isaías 49, 15).
- **Inmensa Ternura (Hésed):** Es la delicadeza, la mansedumbre, la dulzura, el cariño tierno que sana con cuidado las heridas. Se trata del amor inocente e inofensivo de Dios.

Sólo hay experiencia de reconciliación si se toma conciencia en primer lugar de la Piedad, el Amor y la Ternura de Dios. Es eso lo que hace posible la oración penitencial, pues desde el inicio ya el orante es consciente del amor misericordioso, perdonador, cariñoso, bondadoso y dulce de Dios. Solo la convicción de la inofensividad del amor divino y de su incondicional disposición al perdón, permite el arrepentimiento y el reconocimiento sincero del propio pecado. El hambre, el sufrimiento y la desesperación no son la fuente del arrepentimiento del hijo pródigo. Estas realidades únicamente animan su regreso en busca de alimento trabajando en casa del padre. Es el amor del Padre que lo ve de lejos, que corre a su encuentro, que lo abraza y lo llena de besos, lo que hace posible el auténtico arrepentimiento.

Frente al Tú que es Dios, se descubre el Yo en tres características:

- **Delito:** Es el nivel externo del pecado, son las infracciones cometidas con datos verificables. Se puede expresar como el pecado que se hace o se comete causando daño.
- **Culpa:** Es el nivel interior del pecado, es la resonancia de los hechos, sus efectos y consecuencias, es el daño personal que queda. Se puede expresar como el pecado que se sufre o se padece como una herida del alma, como un daño interior que implica pena, vergüenza e incomodidad consigo mismo.
- **Pecado:** Es el nivel íntimo, es la raíz de todo, es el hecho de saber que yo soy así, que no puedo cambiar eso que soy y que eso que soy yo, no funciona del todo bien. Se puede expresar como el pecado que se es, como un daño irreparable en lo profundo de la propia humanidad. No se trata de algo accidental que podría o no haber sucedido y tampoco se trata de las repercusiones de lo acontecido, sino que es una rotura estructural en lo humano.

El primer nivel es relativamente reprimible mediante la voluntad. Es el lugar del hermoseamiento moral del fariseo que controla lo que hace. En este punto se obtienen algunas victorias sobre el pecado. El segundo nivel suele afrontarse a través de la terapia y de otros procesos psicológicos o emocionales en un intento por sanar de alguna forma el dolor interior y las repercusiones que deja en el alma el pecado. Aquí las victorias son mucho menos usuales y la persona pasa de la ilusión de haber dejado atrás el sufrimiento, a la frustración de volver a sentir el mismo dolor de antes o un dolor aún más intenso. Pero el tercer nivel es el del drama y la tragedia del misterio de la iniquidad, del descubrimiento de esa interna torcedura que no se puede reprimir ni sanar ni cambiar ni controlar ni hacer desaparecer. Es el lugar abismal de la profunda derrota del hombre, de la incapacidad esencial para ser otro que no sea este hombre pecador, que aunque no haga lo que se siente tentado a hacer, no puede evitar sentirse inclinado a lo que se siente íntimamente inclinado. Es lo que lleva a la dura constatación paulina de la situación desgraciada (sin Gracia) del hombre: "Veo claro que en mí, en mi carne, no habita nada bueno, porque querer lo excelente lo tengo a mano, pero no el realizarlo; no hago el bien que quiero; el mal que no quiero es lo que ejecuto. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este ser mío, instrumento de muerte?" (Romanos 7, 18-19.24).

Justamente el convencimiento de que el drama del pecado es superior a nuestras fuerzas y a nuestra humana condición, es lo que lleva al orante a orar implorando la compasión divina. Si el mecanismo perverso del pecado lo pudiéramos desactivar nosotros mismos y controlarlo a placer, no sería necesario aferrarse a la misericordia de Dios. La subestimación de la dimensión de la tragedia del pecado, es la fuente de la minusvaloración del amor de Dios y sobre todo del sacrificio salvador de Cristo. Si el pecado es un problema pequeño, el perdón de Dios es igualmente pequeño, desdeñable e incluso innecesario. Pero si el pecado es el problema por excelencia, el problema irresoluto, entonces la Misericordia es la única esperanza, la única posibilidad de recobrar la humanidad, la única oportunidad para la alegría. Allí donde está nuestra des-gracia, es donde tiene su lugar y su sobreabundancia la Gracia.

¿Hasta dónde quiere llegar el orante? ¿Hasta qué nivel (externo, interior o íntimo) quiere que llegue su conversión? ¿Está dispuesto a tocar la raíz enferma de su ser o pretende quedarse en la periferia manejando aspectos cosméticos o buscando sentirse un poco mejor psicológicamente? Sin tocar lo íntimo no hay reconciliación, solo actos de remordimiento que con el tiempo duelen más porque nada nunca cambia en lo interior. ¿Qué queremos, pues, vivir? ¿Unos cuantos arreglos externos o un cambio de fondo? Al fin de cuentas, Dios llega hasta donde nosotros le dejemos llegar.

El Salmo Miserere lanza en este momento los primeros imperativos, los primeros gritos del corazón: “borra, lava y limpia”. Como lo veremos más tarde, no se trata de una purificación ritual externa, de una liturgia lustral, sino de una profunda transformación del ser. A la luz del Evangelio, es la humanidad de Cristo, su sangre y agua, lo que lava nuestra humanidad y la hace nueva.



SEGUNDO MOMENTO:
LA CONCIENCIA DE
SER PECADOR (Versículos 5-8)

Se trata de una mirada al interior del orante. No hay imperativos porque es la etapa en la que el orante confiesa y declara lo que es. Se trata de una profunda e intensa toma de conciencia: soy pecado y todo lo que implica el pecado que soy. El Salmo Miserere hace una descripción amplia del drama del pecado y de lo que supone tomar conciencia de ello. Obviamente no se trata reconocer una simple acción pecaminosa, sino de aceptar la raíz empecatada, el fondo abismal que es la íntima inclinación al mal.

“Reconozco mi culpa...” Lo que más cuesta es reconocer el pecado y aceptarlo, pues eso abochorna, avergüenza y quita prestigio. El personaje que hacemos de nosotros mismos se reviste de apariencia de bondad. Normalmente la maldad se reconoce en los otros, sobre todo en quienes pueden ser fácilmente señalados como malvados o hasta en realidades estructurales como la sociedad, el mercado, el armamentismo, las estructuras sociales, el narcotráfico, la delincuencia internacional, etc.. Reconocerse y aceptarse pecador, esto es, íntimamente inclinado a la maldad, es muy difícil. Uno se esfuerza por no necesitar ser salvado, por creerse la ficción de lo buenos que somos, lo cual hace de la bondad algo naturalmente accesible y posible para el ser humano.

“...tengo siempre presente mi pecado.” Se trata de la preocupación continua por la realidad interior rota que nunca se borra, que nunca se quita. Lo más difícil es saberse pecador constantemente. Lo más común es aparentar y encubrir la interna torcedura y hacer aparecer el pecado, incluso ante los propios ojos, como errores cometidos en ciertos momentos, debido quizá a ciertas circunstancias que lo explican todo, pero no como algo que permanece en lo íntimo como una dolorosa raíz torcida. El verdadero problema no es lo que hago ni lo que he hecho, sino lo que sería capaz de hacer si el Leviatán profundo que habita la intimidad más honda se soltara. El pecado no es episódico, no corresponde a un día o una hora o un acto, sino que es un habitante permanente, más o menos activo, más o menos intenso, pero siempre presente.

“Contra ti, contra ti solo pequé...” El pecado tiene un proyecto: la destrucción de la obra de Dios, el intento por hacer daño al mismo Dios. El pecado es por definición deicida. Por eso, el pecado es siempre contra Dios. Si es contra la naturaleza, es contra Dios, pues la creación es su obra. Si es contra el otro, es contra Dios, ya que Dios se identifica con toda persona, en toda persona habita y por toda persona se conmueve. Y si es contra uno mismo, el pecado es aún más agresivamente contra Dios, pues pretende borrar la imagen y semejanza divinas que hay en uno.

“...cometí la maldad que aborreces.” El salmo toma conciencia de algo conmovedor: Dios no aborrece al pecador, aborrece el pecado, lo cual es muy diferente. El pecado es aborrecible porque su dinámica es contraria a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es bondad, belleza, verdad, alegría, luz, vida. El pecado es una determinación por la maldad, la fealdad, la mentira, la tristeza, la oscuridad y, claro está, por la muerte. Toda la obra divina pretende ser frustrada por el pecado, por eso es inaceptable para Dios. Pero el pecador es una víctima del pecado y Dios lo sabe. Por eso, Dios no aborrece al pecador, sino que lo busca, lo llama, lo conmueve y anhela perdonarlo.

“En la sentencia tendrás razón, en el juicio brillará tu rectitud.” En la Biblia, sobre todo en la tradición profética y en el Cuarto Evangelio se recurre mucho al concepto de juicio entre Dios y los hombres. Dios se presenta como el inocente que ha sido maltratado, perseguido, despreciado, engañado y traicionado frente a un pueblo, frente a una humanidad que no ha cumplido su voluntad y ha sido infiel a la alianza. Pero en el juicio se ve con evidencia la rectitud de Dios, la inocencia del Inocente por antonomasia que es Dios. Negar el drama del pecado es el intento desesperado por hacer responsable a Dios de la maldad y el sufrimiento, cuando se trata de algo desencadenado por el pecado del hombre. El sufrimiento del mundo no es la obra de Dios, es la obra del pecado.

“Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.” El pecado es parte de la condición humana: se nace con pecado, se viene al mundo con pecado y se es parido con pecado. La imagen infantil de que todo niño es un angelito, deforma el drama de lo humano. Todo niño es un angelito; pero, al mismo tiempo, todo niño lleva dentro de sí la capacidad para hacer daño al mundo, a los otros y a sí mismo. Eso explica por qué el angelito es capaz de ser egoísta, agresivo, caprichoso, cruel. Pero, además, el pecado tiene historia, no comenzó hoy. El pecado está relacionado con todas las dificultades que nunca se trabajaron ni se asumieron coherentemente. El pecado está vinculado a una larga cadena de descuidos y de cosas que se dejaron ocultas en la oscuridad. Y así, con el paso de los años, el angelito se puede convertir en un monstruo capaz de producir en todos, incluso en sí mismo, un inmenso sufrimiento.

“Te gusta un corazón sincero...” El punto de partida para sanar la condición humana es el reconocimiento sincero de la propia realidad de pecado. Gastamos muchas energías disfrazando, disimulando y evadiendo el pecado. Justificamos con argumentos y razones aparentemente

inteligentes nuestras acciones para convencer y convencernos de nuestra rectitud o, al menos, de nuestras buenas intenciones. Nos consolamos argumentando que no nos sentimos mal, y hasta aprovechamos el extraño disfrute que produce el pecado para persuadirnos de no haber actuado mal, que hasta tenemos derecho a hacer lo hecho o a decir lo dicho. Nos esforzamos por reprimir la vergüenza, por acallar el remordimiento, por encubrir la culpa. Por todo ello, la reconstrucción de la persona comienza por dejar todos estos recursos y aceptar humildemente y con sinceridad que se es pecador. Y así se toma una decisión: ya no se quieren arreglos cosméticos, sino que se quiere enfrentar el auténtico problema de la vida. Es como si se dijera: "Señor, tú ves la verdad de las grietas de mi pared. Por esta vez no la arregles por fuera, tumba la pared, derrumba mis muros mal hechos y vuélveme a hacer".

"...y en mi interior me inculcas sabiduría." El salmo culmina esta reflexión haciendo una preciosa afirmación: la sabiduría consiste en aceptar la propia verdad. Quien no reconoce humildemente su condición pecadora delante de Dios, es un necio. Ser sabio supone ser como el publicano de la parábola de Lucas: quedarse a distancia, de rodillas, golpeándose el pecho y pidiendo misericordia, pues se es pecador. El conocimiento más alto, es el reconocimiento de la propia nada. Al fin de cuentas, el conocimiento más excelso es el conocimiento de Dios; pero conocer a Dios es conocer que Él, solo Él, es todo y sólo Él es realmente bueno.

TERCER MOMENTO:

**LA PLEGARIA SUPPLICANDO
UNA HUMANIDAD
NUEVA**

(Versículos 9-14)



El perdón de Dios no es una simple disculpa que hace borrón de lo cometido. No es para descargar la conciencia y liberarse del remordimiento o de la culpa. De hecho, vivido así, el perdón no penetra en el misterio de la iniquidad ni en la íntima intimidad de lo humano, sino que se queda en una externidad judicial (disculpar el delito) y en una vivencia psicoafectiva (sentirse mejor consigo mismo). No es que esas dos realidades no sean parte de lo que la persona necesita para reencontrarse consigo misma y para entrar en un sendero de búsqueda de paz, pero no es el cambio esencial, ontológico que realiza la Misericordia. Lo que para los Sinópticos es entrar en la alegría del Reino de Dios, lo que para San Juan es volver a nacer para pasar de la muerte a la vida y lo que para San Pablo es dejar atrás una humanidad vieja para revestirse de una nueva humanidad justificada, es decir, esencialmente justa y no inicua, es una transformación completa de la persona, es un volver a crear todas las cosas. El perdón de Dios es una rehumanización de lo humano. El pecado borra en el hombre el rostro de Dios y, de esta forma, borra lo auténticamente humano de la humanidad. El perdón vuelve a crear al hombre, vuelve a moldear su barro según los rasgos del Hombre Nuevo que es Cristo y vuelve a insuflar Espíritu y Vida. La plegaria a gritos del Salmo Miserere no pide una disculpa para poder seguir pecando; pide, en cambio, una nueva vida. En esta sección del salmo vuelven a aparecer los imperativos que expresan cómo el Señor ha de reconstruir su obra más bella, la de la imagen y semejanza, el Hombre.

"Rociame con el hisopo...": El hisopo era una planta medicinal para limpiar la piel afectada por erupciones. El orante se siente como un leproso. El pecado es una dolencia que le ha llagado y por eso pide a Dios que lo restriegue arrancándole esa enfermedad que le está destruyendo.

"Lávame...": Es la súplica que pide el baño de regeneración, el baño de la vida nueva. El pecado ensucia la humanidad, llena de escombros y desechos la existencia y todo queda descuidado, como sumido en el abandono. Por eso el orante pide ser lavado para recuperar su belleza y su verdad.

"Hazme oír el gozo y la alegría...": Una de las consecuencias más dramáticas del pecado es la tristeza. No se trata de la tristeza externa causada por algo que viene de fuera y que por doloroso que sea, no es parte esencial de uno. Es la tristeza que viene de dentro y que deprime aún más porque surge de la constatación de la propia precariedad, de una precariedad que no está en nuestras manos reparar. El pecado genera un ruido interior, una conversación interna que nos

recuerda una y otra y otra vez nuestra iniquidad. Los demás pueden haberla olvidado, o pasado por alto, o desconocerla y suponer que somos bondadosos; pero dentro de nosotros suena y resuena la cantinela de lo que hemos hecho, de lo que seríamos capaces de hacer, de lo inicuo que nos habita. Y eso entristece, porque entristece ser así como se es. Por eso el orante pide escuchar otra voz, otra conversación interior, la voz de Dios que acoge y acepta y repara y sana y ama y que, justamente por ello, es gozo y alegría. El pecado grita adentro "te desprecio". Pero la voz de Dios grita "te amo y te amo para siempre". Y esa es la causa de la alegría.

"Alegra los huesos quebrantados...": La tristeza del pecado no es solo interior, sino que se extiende a todo el ser del hombre, el cual se siente descoyuntado, descuajaringado, radicalmente quebrado. No es casualidad que el pecado se note por fuera. Afecta la manera de caminar, se ve como una carga que oprime invisiblemente a la persona, envejece y afea el rostro, tensiona las facciones, se advierten cambios de carácter, oscurece la mirada, opaca las palabras y los sentimientos, inclina hacia la perversión, la vacuidad, el pesimismo, el sinsentido, la agresividad, la negatividad. Son los huesos quebrantados, es la humanidad descompuesta. Por eso el orante pide que el amor de Dios le devuelva la alegría integral, la de dentro y también la que se nota y se disfruta y se celebra por fuera. Volver a correr, volver a saltar, volver a danzar, volver a decir con todo el cuerpo que se es feliz.

"Aparta de mi pecado tu vista...": El libro de la Sabiduría dice bellamente que "Dios cierra los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan" (Sabiduría 11, 23). Contrario a lo que se suele pensar, lo que Dios mira cuando nos mira no es nuestro pecado, sino nuestra bondad, es decir, nuestra capacidad esencial para levantarnos del pecado y vivir según su voluntad. Esa bondad es la que hace que el Padre vea de lejos a su hijo que regresa y la que hace, a su vez, que salga corriendo a su encuentro; es lo que ve Jesús en la mujer que le unge los pies con perfume y se los lava con sus lágrimas; es la sed de la samaritana, es lo que lleva a Zaqueo a subir al árbol, es lo que hay en los gritos del ciego del camino. Somos nosotros los que clavamos la mirada en nuestra precariedad y los que, desconcertados y sobrepasados por ésta, nos sentimos perdidos. Pensamos que Dios mira lo que nosotros miramos y que clava sus ojos en nuestro pecado. Eso explica por qué solemos apartarnos de Dios y abandonar su presencia cuando nos sumergimos en el pecado, pues creemos que es nuestro pecado lo que Dios está mirando y eso nos desagrade y avergüenza. Pero Dios no mira el pecado. Dios nos ve a nosotros, me ve a mí y siente intenso amor. Su mirada no mira

la oscuridad. Mira la luz interior, su presencia inhabitante en nuestra más honda y auténtica humanidad.

"Borra en mí toda culpa...": La culpa es el regusto a pecado que permanece en el interior. Pasan los días, los meses, los años y allí está presente ese incómodo regusto, como recuerdo constante de nuestra poquedad, de nuestra fragilidad humana, de las veces que no hemos sido quienes tendríamos que ser. El perdón de Dios es radical y completo. No solo perdona, sino que no guarda memoria, "no lleva cuentas del mal" al decir de San Pablo (cfr. 1 Corintios 13, 5), sino que recuerda el amor con el que ha amado. Eso es lo que pide el orante: que se borre el recuerdo de la culpa y quede el recuerdo de la Misericordia.

"Crea en mí un corazón puro...": En la Sagrada Escritura el corazón no es únicamente el lugar de los sentimientos y las emociones, sino el fondo abismal del verdadero ser de la persona, el lugar donde el hombre piensa, decide y define su vida. Es en el corazón donde se encuentran las emociones, el intelecto, los valores y las virtudes, las decisiones y las opciones que determinan lo que uno es realmente. Por eso la Biblia habla del "corazón sabio y prudente", porque es el corazón y no la mente, el que conoce, decide y actúa y del conocer, decidir y actuar, depende el llevar o no una vida sabia, una vida según la voluntad de Dios. La petición del corazón puro no es una petición moralista, sino sapiencial. Se trata del mismo corazón limpio de las bienaventuranzas de Mateo. Es el corazón sin otras intencionalidades, sin otros deseos, sin otros designios que las intencionalidades y deseos de Dios. El corazón puro, es el corazón según la santidad de Dios, es el corazón que cumple la voluntad divina y que se aparta de los mezquinos intereses propios.

"Renuévame por dentro con espíritu firme..., no me quites tu Santo Espíritu..., afiánzame con espíritu generoso...": La vida está en el espíritu, sin espíritu no hay vida. El profeta Ezequiel contempla el valle de los huesos secos y ve cómo éstos vuelven a ensamblarse y a cubrirse de músculos y tendones; pero carecen de espíritu, no tienen vida. Sin espíritu, el hombre está muerto, no es, no existe realmente. La acción del pecado degrada el espíritu humano y le arranca el soplo divino. En la antropología bíblica, es ese soplo el que lleva el hombre en sí mismo, pues Dios le concede al hombre su espíritu. El Cuarto Evangelio nos muestra la gloria de Dios en el Crucificado que derrama sobre la humanidad la sangre y el agua, el soplo del Espíritu que hace nueva creación, nueva humanidad. El salmo Miserere realiza una conmovedora "epiclesis" invocando tres veces

(es decir, de manera superlativa y plena) el don del Espíritu, ya que la reconstrucción de la humanidad solo es posible con Espíritu de Dios. Nuestro pobre espíritu se cansa, es inconstante, es incapaz de lo divino. Solo el Espíritu de Dios nos levanta de los escombros de una humanidad arruinada, para ser humanidad transfigurada y gozosa.

"No me arrojes lejos de tu rostro...": La bendición por excelencia en la Sagrada Escritura consiste en la contemplación del rostro de Dios: "El Señor te bendiga y te guarde, el Señor te muestre su rostro radiante y tenga piedad de ti, el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz" (Números 6, 23-26). A pesar de toda una tradición que hace referencia a que quien ve a Dios tiene que morir, pues la gloria divina desborda las posibilidades contemplativas del ser humano, la contemplación del rostro de Dios es experiencia de misericordia y paz. El rostro de Dios es el rostro del amor incondicional y tierno. Ocultar el rostro es hundir en la nada; por el contrario, revelar el rostro es hacer posible la vida: "...escondes tu rostro y se espantan; les retiras tu aliento y expiran, y vuelven al polvo; envías tu aliento y los creas y repueblas la faz de la tierra" (Salmo 104 (103) 29-30). El rostro de Dios es la certeza del don del Espíritu, es contar con el amor insomne y permanente del Señor. El amor realiza el milagro de la semejanza, por eso San Juan afirma que cuando veamos cara a cara al Señor seremos semejantes a Él, pues le veremos tal cual es (cfr. 1 Juan 3, 2). El rostro de Dios es gozo, el rostro de Dios es ternura, el rostro de Dios ilumina el camino y protege, el rostro de Dios transforma la vida, el rostro de Dios es vida nueva y espíritu nuevo. Por eso, quien contempla el rostro de Dios queda lleno de la luz de ese rostro y en él resplandece la gloria divina. Al decir del salmo: "contémplo y quedarán radiantes" (Salmo 34 (33), 6).

"Devuélveme la alegría de tu salvación...": La alegría, la auténtica alegría, es la alegría de la salvación. Contrario a lo que solemos pensar, el camino penitencial no es un sendero de aflicción y dolor, sino una ruta hacia el gozo. Es el pecado el que hunde al hombre en la tristeza y en la pesadumbre. El costo del pecado es justamente el peso, el lastre inmenso que deja en la persona y que no permite que ésta se remonte hacia lo alto. Pesa lo hecho que no se debería haber hecho, pesan las palabras dichas que ya no se pueden desdecir, pesa lo que vieron los ojos y que habría sido mejor no ver, pesa lo deseado que no tendría que ser deseado y lo pensado que sería mejor nunca haberlo pensado; pesa lo cometido, lo consentido, todo aquello que se vivió y que uno se promete una y mil veces no volverlo a vivir, para vivirlo una y mil veces de nuevo y, viviéndolo, sentir el inmenso y agobiante peso. La salvación es liberación del peso terrible del pecado: "Vengan a mí

los cargados y agobiados, que yo les daré respiro. Carguen con mi yugo y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón. Y encontrarán su descanso, porque mi yugo es llevadero y mi carga es ligera”, decía Jesús (cfr. Mateo 11, 28-30). Toda la vida del pueblo de Israel es un camino hacia el descanso, ese descanso al que se entra cuando se entra en la tierra de promisión y al que no se puede entrar cuando el pecado aparta de la voluntad de Dios y extravía en el desierto de la ausencia del Señor. Toda nuestra vida es un andar hacia el descanso, hacia ese día definitivo en el que se goza de Dios, se goza de su presencia, se goza de la certeza de su amor, se goza de su inmediatez, se goza de su gozo que goza gozándose entre sus criaturas. La condición primera del hombre es la alegría, alegría que se pierde cuando el pecado rompe la humanidad. El perdón de Dios realiza el milagro de que comience la nueva creación y al fin, como era en el principio, volvamos a la alegría: “Ustedes están tristes, pero cuando vuelvan a verme se alegrarán y esa alegría suya ya nadie se las podrá quitar.” (Juan 16, 22).

CUARTO MOMENTO:

EL COMPROMISO CON UNA MISIÓN

(Versículos 15-17)



La experiencia de Dios es una experiencia de lo que Él ha hecho con nosotros. Tener una noción de Dios, un cierto concepto de un ser supremo que es creador u ordenador del cosmos, no es tener experiencia de Dios. Al Dios que es misericordia y amor se le conoce experimentando existencial y ontológicamente esa misericordia y ese amor, y eso solo sucede cuando nos dejamos perdonar. Dejarse perdonar, permitirle a Dios rehacer nuestra humanidad, es dejar a Dios ser Dios. Parafraseando las palabras de Jesús a Pedro en la última cena: si no nos dejamos lavar por Él, no tenemos nada que ver con Él (cfr. Juan 13, 8).

La misión apostólica surge justamente de tener experiencia de Dios. Ser apóstol no es un oficio, no es el ejercicio de una profesión. Ser apóstol no es enseñar ideas claras y distintas acerca de Dios, no es expresar conceptos filosóficos o teológicos sobre lo divino. Ser apóstol no es realizar un trabajo de voluntariado ni asumir un compromiso sociológico. Todo eso se puede vivir sin haber vivido jamás el amor de Dios. Pablo mismo lo advierte en la primera carta a los Corintios: “Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles que, si no tengo Amor, no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes. Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas, que, si no tengo Amor, no soy nada. Ya puedo regalar todo lo que tengo a los pobres, ya puedo dejarme quemar vivo que, si no tengo Amor, de nada me sirve (1 Corintios 13, 1-3). El apostolado es una experiencia que procede del amor misericordioso de Dios. Solo quien ha vivido el Ágape divino —el amor propio y único de Dios—, solo quien se ha dejado sanar por ese amor que “perdona siempre, confía siempre, aguanta siempre y espera siempre” (1 Corintios 13, 7) puede ser apóstol.

El Salmo Miserere desemboca en un compromiso apostólico. Quien ha vivido el perdón, descubre que no quiere hacer otra cosa que anunciar el perdón. Proclamar la Buena Nueva de Dios no es enseñar que Dios existe, es testimoniar que Dios salva, es llevar a quienes están abrumados por el peso de la culpa, hacia la alegría y la libertad del amor de Dios. El orante pide no morir (“Librame de la sangre, Oh, Dios, salvador mío”) para poder dedicar su vida al anuncio y proclamación de la salvación que procede del amor perdonador de Dios: “enseñaré tus caminos para que los pecadores vuelvan a ti”.

Nuestra misión es la misión de la salvación y esta misión solo se puede vivir cuando hemos experimentado personalmente la restauración de nuestro ser agobiado por el pecado. Nuestra

misión es la misión de la salvación y esta misión solo se puede vivir cuando nos conmueve y estremece ver la situación de pérdida y extravío de los otros. Sin experiencia de haber sido perdonados, nuestro anuncio y nuestro trabajo son actividades vacías. Sin conmoción y sin dolor por ver perdidos a nuestros hermanos, no hay celo pastoral, no hay urgencia para gritar lo que hay que gritar, para proclamar lo que hay que proclamar y para hacer lo que hay que hacer. La mediocridad de muchos sacerdotes y religiosos que rebajan su compromiso a la labor de instructores en cuestiones religiosas, a la enseñanza de valores antropológicos y a la realización de servicios sociales, proviene del hecho de que no han vivido nada profundo con Dios (no le deben la vida) y que no les conmueve ver perdidos a los demás.

El pecado hunde en el silencio. En el pecado callamos. Callamos nuestra más honda verdad y nos sumimos en los secretos, esos secretos que nunca o casi nunca son revelados. La inocencia no tiene que callar, pues no tiene nada que esconder. El pecado, en cambio, es experto en el arte de ocultar lo que se tendría que decir. El amor de Dios, ese amor que perdona y reconstruye la esencia de nuestra humanidad, nos vuelve a la palabra, nos regresa a la posibilidad de hablar y decir. Es entonces cuando descubrimos que una vez recuperada la capacidad de hablar, ésta solo tiene sentido para contar lo que el Señor ha hecho con nosotros. Amar es hablar del ser amado. Quien ama solo tiene un tema de conversación: el amor. Alabar a Dios no es decir ideas altas acerca de Él. Alabar a Dios es contar su obra y, en concreto, es contar su obra en nosotros: **“Señor, me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza”**.

**QUINTO MOMENTO:
CELEBRAR EL
MILAGRO DEL
PERDON**

(Versículos 18-21)



“Si yendo a presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Vuelve entonces y presenta tu ofrenda” (Mateo 5, 23-24). Aunque el Salmo Miserere es todo él una liturgia penitencial, nos habla de una situación en la que no hay sacrificios ni ofrendas, porque no se puede celebrar si no hay apertura al perdón, si no sucede el amor misericordioso de Dios. Sin experiencia de salvación la liturgia es vacía, es un signo que no significa. Para poder presentar la ofrenda es necesario vivir primero la reconciliación, reconciliación consigo mismo, con la creación, con los otros, con Dios. Solo entonces hay algo que celebrar y el signo tiene algo que significar. El profeta Isaías es muy claro en señalar que a Dios no le agradan las liturgias externas, si no hay un cambio existencial que les dé sentido verdadero. “Esto dice el Señor: estoy cansado de holocaustos de carneros y de la grasa de los cebones; la sangre de los novillos, corderos y machos cabríos no me agrada. Cuando entran a visitarme y pisan mis atrios, ¿quién exige algo de sus manos? No me traigan más dones vacíos ni más incienso asqueroso. Novilunios, sábados y asambleas no las aguanto, porque son reuniones con crímenes. Sus solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga insoportable. (...) Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Cesen de obrar mal, aprendan a obrar el bien. Busquen el derecho, enderecen al oprimido; defiendan al huérfano, protejan a la viuda. Entonces vengan y hablaremos, que aunque sus pecados sean como púrpura, blanquearán como la nieve; y aunque sean rojos como escarlata, quedarán como lana” (Isaías 1, 11-14.16- 18). La liturgia debe ser celebración de un acontecimiento existencial. Sin vivir perdón y salvación, sin dejar a Dios entrar a lo profundo para arrancar el pecado y sanar, la liturgia es apariencia sin contenido.

En el fondo del Salmo Miserere hay dos razones que explican la dificultad de la liturgia: no tener un sacrificio para presentar y no tener un lugar para presentar sacrificios. Lo primero lleva al descubrimiento de que lo único nuestro para ofrecer a Dios es nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humillado. En la celebración eucarística reconocemos que lo que tenemos para ofrecer a Dios, es lo que el mismo Dios nos ha dado, la humanidad luminosa y dulce de Jesucristo. Por eso, quien preside la celebración presenta a Dios los dones de pan y vino para que por el don del Espíritu Santo sean el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Pan de Vida y Bebida de Salvación. Junto a ello que es lo mejor y más bueno que tenemos para dar, ponemos lo que el Salmo Miserere nos enseñó a poner: nuestro pobre corazón roto y nuestro espíritu humillado. De hecho, después de presentar las ofrendas y antes de invitar a la oración, el sacerdote dice estas palabras en secreto: “Acepta,

Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor, Dios nuestro” (cfr. Misal Romano). Se dice en cada eucaristía, poniendo junto al pan y el vino esa ofrenda agradable a Dios que es el reconocimiento humilde de nuestra poquedad. Pero, al mismo tiempo, no había donde presentar ofrendas. Jerusalén y el Templo habían sido destruidos y los altares del Señor estaban en ruinas. Lo cierto es que el pecado no es una realidad privada, no es un problema individual. El pecado siempre afecta a todos, siempre lo estropea todo. La guerra, la violencia, la delincuencia, las violaciones a los derechos humanos, la explotación del hombre por el hombre, la inequidad y el empobrecimiento, la indiferencia y la falta de solidaridad, la trata de personas, los abusos y maltratos, todo lo que destruye el tejido social y lo que corrompe las instituciones, e incluso lo que daña la naturaleza y hace desaparecer cada día bosques, selvas y especies, es la obra del pecado. Para poder celebrar la liturgia del Señor, es necesario reconstruir la ciudad, volver a levantar las murallas derruidas por el mal. Pero para ello, es necesario entrar primero en el perdón. La esperanza del mundo, la esperanza de que lo bello vuelva a ser bello y lo justo vuelva a ser justo, depende de que dejemos de andar en las tinieblas y caminemos a la luz del Señor dejándonos salvar, dejándonos perdonar. Toda la creación tiene una oración desesperada, una oración que no dirige a Dios, sino a nosotros. El cantar de los pájaros, el croar de las ranas, el aullar de los coyotes, el barritar de los elefantes, la danza de los cetáceos y el florecer de las flores, igual que el resplandor de un lejano pulsar o un brillante cuásar, son la oración de la creación suplicándonos que nos dejemos amar por el amor misericordioso de Dios. Es la manera como las criaturas vienen a nosotros como Natán fue a David, para decirnos que quien tiene que cambiar, que quien tiene que rasgar su alma y volver a nacer, somos nosotros. Y es que todas las criaturas guardan la esperanza de que algún día permitamos que todo realmente comience de nuevo: “De hecho, la creación entera otea impaciente aguardando la manifestación de los hijos de Dios; porque ella fue sometida al fracaso no por su gusto, sino por aquel que la sometió. Esta misma creación abriga la esperanza de que se verá liberada de la esclavitud a la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios” (Romanos 8, 19-21).

Hoy, tal vez esta misma noche, nos despertemos y escuchemos a lo lejos el ladrar de los perros o el chillar de los grillos o el croar de las ranitas pidiendo agua del cielo. No conversan entre ellos, no hacen planes para el futuro, no se cuentan sus sentimientos. Gritan el grito angustiado de la creación que aguarda la plena manifestación de la gloria de Dios en nosotros, esa que llega cuando se ha marchado el pecado y se ha quedado a vivir en nosotros el milagro del perdón.



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"